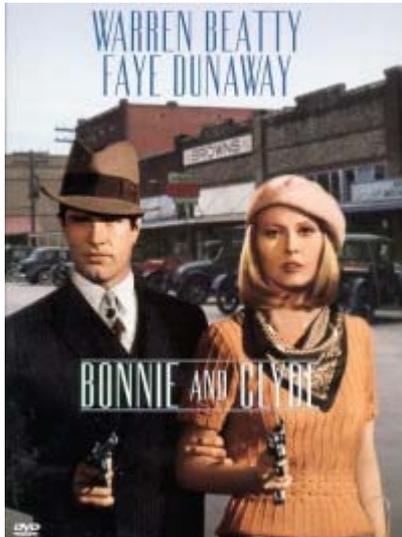


## Bonnie & Clyde y otras relaciones de cine



La versión de su historia en la pantalla grande fue el bautismo de fuego (nunca mejor dicho) del cine moderno en Estados Unidos, la respuesta transatlántica a *El final de la escapada* y la nouvelle vague. *Bonnie & Clyde* (Arthur Penn, 1967) fue el anzuelo que moderaría una nueva generación de cinéfilos, sustraídos al embrutecedor influjo de la tele por este cóctel irresistible de violencia extrema, amor fou y rebeldía generacional trufada de pulsiones antisociales y nihilistas.

Warren Beatty y Faye Dunaway, insolente y diabólicamente apetecibles, exudaban lubricidad salvaje, hedonismo y peligro, y la cruda instantánea del momento histórico (los años de la Gran Depresión) contribuía a diluir los contornos y difuminar hasta lo irrelevante las implicaciones morales. Para el recuerdo, la escena final en que la triunfal sonrisa de éxtasis sexual de una Faye Dunaway pletórica, en la flor de la vida, era arrancada de cuajo por una dolorosa ráfaga de metralla.

Al margen de la película de Penn, esta historia canónica de amor en fuga, de tú y yo contra el mundo, ha conocido unas cuantas adaptaciones más o menos apócrifas. Entre las mejores, *El demonio de las armas* (Joseph H. Lewis, 1950) en la que Peggy Cummins interpretaba a un trasunto bastante aproximado de Bonnie Parker, una tan amoral como perversamente magnética fetichista de la pólvora y la adrenalina, y *Malas tierras* (Terrence Malick, 1973), con Martin Sheen y Sissy Spacek expresando a través de su amor confuso y culpable todo el *ennui* existencial de una generación a la deriva. Y sí, Oliver Stone también se asomó a la vieja historia con *Asesinos natos* (1994), preguntándose con genuina malevolencia posmoderna que hubiese sido de Parker y Barrow (o de sus nietos) en la era del estrellato pop y los circos mediáticos.

Al margen de Bonnie y Clyde, el cine ha ofrecido su propia versión de innumerables historias de amor literario más grandes que la vida. Estas son algunas:



**Stella y Stanley Kowalski.** En *Un tranvía llamado deseo* (Elia Kazan, 1951), el sádico Stanley y su masoquista esposa Stella conviven en un equilibrio dinámico que por momentos parece cercano a la felicidad hasta que aparece Blanche (Vivian Leigh), la hermana de Stella. Este atroz recorrido por los peor ventilados sótanos del deseo sexual y la tiranía doméstica masculina cuenta con varias escenas estremecedoras, especialmente aquella en la que un Marlon Brando en la cúspide de su arte persigue una expiación imposible y se rompe de amor y de culpa, gritando bajo la lluvia el nombre de la esposa cuya vida ha convertido en un infierno.



**Sailor y Lula.** Barry Gifford supo entender como pocos escritores la autonomía del cine con respecto a la literatura, así que concedió a David Lynch plena libertad para hurgar sin recato en las entrañas

de la novela *La vida desenfundada de Sailor y Lula* y <sup>3ª</sup> avertir en otra cosa, sin inhibiciones ni peajes. El resultado de tanta generosidad y buena sintonía creativa es *Corazón salvaje* (1990). Una película notable, que anticipó en gran manera el espíritu festivo, excéntrico e irreverente que dominaría la producción cultural en los 90 y que infantilizó y frivolisó aún más a Sailor y Lula, convirtiendo su amor en el sangriento capricho de un par de niños malcriados, dos especímenes que hoy serían carne de reality de La Sexta.



**Heathcliff y Catherine.** La versión clásica de su historia es *Cumbres borrascosas* (William Wyler, 1939), con Laurence Olivier en la piel del mercurial y asilvestrado Heathcliff y Merle Oberon regalándonos una Catherine evanescente y frágil, como si su impostada entereza estuviese a punto de quebrarse en el próximo encuadre. Sin embargo, vale la pena echarle también un vistazo a *Hurlevent* (Jacques Rivette, 1985), una adaptación libre, naturalista y afrancesada en que la marea de amor es más bien una corriente subterránea que sólo aflora de vez en cuando. Pero cuando lo hace, arrasa con todo.



**Humbert y Lolita.** Otro caso de fértil desenfoque. Stanley Kubrick hizo lo que quiso con la novela de Nabokov en su personal *Lolita* (1962). Y lo que quiso es una perversa maravilla, con una Sue Lyon algo más turgente y algo menos infantil de como la imaginábamos en la novela y un James Mason un poco menos desquiciado, menos abducido y más genuinamente enamorado (contra toda moral, contra toda lógica) que el de papel. Los que aún opinan que el cine del Hollywood clásico estaba enfermo de puritanismo y represión sexual deberían prestarle algo de atención a esta película.

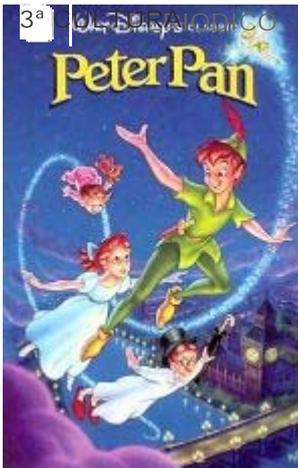


**Romeo y Julieta.** Mil veces adaptada al cine, casi siempre en proyectos guiados por el oportunismo y la nula ambición artística, la historia de los amantes de Verona ha conocido, pese a todo, alguna que otra versión aceptable. La de Mack Sennett (1924), la de los cafres muchachos de la Troma (*Tromeo y Juliette*, Lloyd Kaufman, 1996) y la moderna y videoclipera de Baz Luhrman (1996) entran en la categoría de placeres culpables, pero la de George Cukor (1936) tiene empaque, sustancia y ese dulzón aroma a flores rancias que desprende parte del cine clásico. Y *West Side Story* (Robert Wise y Jerome Robbins, 1961) es un ejemplar caso de saqueo alevoso e irreverente con el que hasta el propio Shakespeare se hubiese echado unas risas y alguna que otra lagrimilla.

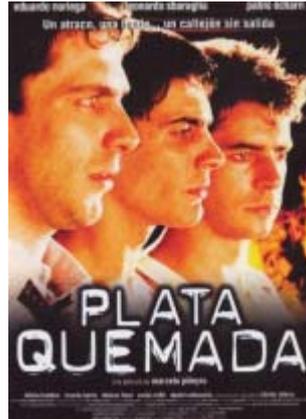


**Astérix y Obélix.** ¿Alguien duda que son pareja de hecho? Como Epi y Blas, como Curro Jiménez y El Estudiante (aunque estos últimos más bien formaban un trío la mar de equilibrado con el orondo Algarrobo). Lástima que el cine, más allá del plus que siempre aporta la presencia de Gérard Depardieu, haya maltratado tanto a esta pareja de galos a los que imaginamos lujuriosos, insaciables, tras el fundido a negro posterior al atracón de jabalíes con que suelen acabar sus historias. Aun así, películas como *Astérix y Obélix contra César* (Claude Zizi, 1999) sí que se atreven a insinuar

(apenas) el subtexto erótico sobre el que sin duda descansa la historia.



**Peter Pan y Campanilla.** Un caso de tensión sexual no resuelta (o resuelta sólo en la intimidad, cuando dejan de rodar las cámaras). La versión Disney (Clyde Geronimi, 1953) fue osada mostrando a una Campanilla sobradísima de lubricidad insolente y que, además, se consume de celos e insatisfacción sexual en cuanto Peter empieza a ser sensible a los encantos de la pánfila Wendy. El listón estaba muy alto, así que la puesta al día que P. J. Hogan dirigió en 2003 no quiso o no pudo añadir nada relevante a esta historia de amor problemático entre el chico que no quiere crecer y la diminuta bomba sexual, la única en el mundo capaz de quitarle de una vez por todas tanta tontería.



**Ángel y El Nene.** La historia de Los Mellizos, pareja sentimental y delictiva, fue adaptada con pulso maestro en *Plata quemada* (2000) por un Marcelo Piñeyro que suele saber muy bien lo que se trae entre manos. A estos Bonnie y Clyde homosexuales y porteños les aportó credibilidad, carnalidad y sustancia el hecho de ser interpretados por un par de purasangres como Leonardo Sbaraglia y Eduardo Noriega. Sus arrebatos de pasión caníbal no tienen gran cosa que envidiarle a los de Elena Anaya y Natasha Yarovenko en *Habitación en Roma*, lo próximo de Julio Medem.



**Barbara y Sheba.** La versión cinematográfica de *Diario de un escándalo* (Richard Eyre, 2006) es un prodigio de contención narrativa, sutileza y buen gusto. Y además, están Judi Dench, pluscuamperfecta en su papel de mujer imbuida de una forzada dignidad mientras arrastra las cicatrices de una vida rota, y Cate Blanchett, angelical, neurótico y quebradizo objeto de deseo. Uno de los grandes dramas psicológicos recientes y una de las más conmovedoras historia de amor contrariado (por inoportuno, por irracional, por intransigente) que ha dado el cine.

### Correspondencia



No hay comentarios



**Bonnie & Clyde**

Buscar...

